



ALFONSO REYES PROFESOR EN LA HABANA

Ha sido presentada a la consideración del Consejo Universitario una proposición por la que se designa a Alfonso Reyes profesor honorario de nuestra más alta institución docente. Merece plácemes calurosos la iniciativa, en la que seguramente tendrá buena parte el doctor Raimundo Lazo, ilustre profesor de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de la Habana.

Alfonso Reyes es, desde hace muchos años, una figura continental. Su obra ofrece las más varias facetas y toda ella está presidida por el espíritu de ponderación, de equilibrio, de buen gusto que caracteriza al humanismo creador.

Conviví algunos años en Madrid con el gran escritor. Fuí testigo de su labor cotidiana en difíciles momentos, en los que el maestro, muy joven entonces, (no había cumplido 30 años), me ofreció la imagen, que nunca ha dejado de iluminar mi vida, "del hombre que trabaja y que juega". Porque en medio de la tarea infatigable —la traducción de Chesterton, el estudio de las variantes de los manuscritos de Góngora, la exégesis del pensamiento de *La Vida es Sueño*, el revelador comentario a Gracián o Quevedo,— aparecía sonriente y feliz, seguro de su propia fortuna, el poeta, que en los versos de la adolescencia —la *Elegía de Itaca*, la *Canción bajo la luna*— o en los de una juventud llena de precoz madurez (*Huellas*, *Pausa*...) y en los ensayos animados de esencias líricas, de ímpetu lírico para decirlo con palabras muy gratas a Reyes, ha dado a las letras americanas una obra de universal jerarquía.

"El hombre que trabaja y que juega", la famosa expresión orsiana, que sintetiza toda una filosofía, define a Reyes, nos lo presenta en su más íntima realidad, ya que toda su labor aparece presidida por la gracia poética.

Eran difíciles aquellos tiempos de Madrid. El año de 1918, al

acabar la primera gran guerra de este siglo, Alfonso Reyes era colaborador activo del Centro de Estudios Históricos, la institución que dirigía Menéndez Pidal, y de *El Sol*, el famoso periódico. En esta publicación tenía Reyes a su cargo la página de Historia y Geografía, que reveló grandes valores nuevos de esas disciplinas en España: así don Juan Dantín Cereceda... No parecía propia de la vocación profunda de Reyes la especialidad de esa página, que llegó a tener fama en el periodismo español. La dirigió durante varios años, al tiempo que colaboraba en otras secciones del gran periódico... Realizó en este tiempo una vigilante labor americanista, que nada tenía que ver con las conmemoraciones oficiales y las un poco o un mucho convencionales fiestas de la Raza. Dentro de la Historia y la Geografía, para un hombre del espíritu renacentista como Reyes, para un humanista que comenzó su obra por el magnífico ensayo, escrito casi en la adolescencia, de *Las tres Electras*, cabían los temas, las cuestiones de más diverso linaje. Era, en realidad, aquella página del jueves como un gran mirador de la cultura universal. Los cinco volúmenes de *Simpatías y diferencias*, que Reyes publicó algunos años más tarde, se formaron en buena parte, con los artículos centrales que escribió nuestro autor en esa sección especial de *El Sol*.

Hubo en aquellos días otra empresa de tipo americanista, que no creo haya sido nunca recordada en la bibliografía del ensayista reymontano. Era una publicación de apariencia un poco impersonal, que tenía un título que hacía sonreír piadosamente a los que creían estar, en el ambiente madrileño, en el secreto de todas las cosas; me refiero a la *Revista Hispano-Americana*, órgano de la Academia Hispanoamericana de Ciencias y Letras, que presidía, a la sazón, un historiador y estadista eminente, don Gabriel Maura, después Duque de Maura, el primogénito del gran político español. Don Gabriel Maura, con la seriedad que pone siempre en todas sus cosas, quiso levantar el nivel de la revista y encargó de su dirección a don Alfonso Reyes. Redactó allí nuestro amigo unos artículos que podemos considerar como los editoriales de la revista. Aparecían

en forma anónima, para cumplir con las mejores tradiciones del género.

En aquel tiempo me encargó Alfonso Reyes de la sección teatral del periódico y me concedió absoluta libertad para tratar de todos los temas. Inventé —en la invención me ayudó el buen humor comunicativo de Reyes— un personaje que aparecía ya de edad proveya, y sobre quien recayó la responsabilidad de esa crónica teatral, quizá un poco desenfadada para una publicación académica. A la sombra de ese personaje, Farfán de Rivera, pude escribir sobre el teatro improvisado y vivo de Santillana del Mar, hacer la elegía del Gran Teatro, destruido por un incendio en una madrugada de enero de 1920, y trazar un paralelo entre el ruidoso fracaso de Rabindranath Tagore, en una noche de moda de la Princesa, y la jornada triunfal de un autor ya olvidado.

¡Cómo pude conocer entonces el magisterio amplio y generoso de Alfonso Reyes! Tanto como lo percibí nítidamente en aquellos viajes por España, en los que el gran investigador de Góngora, el tratadista de la *Crítica en la Edad Ateniense*, el apologista de Virgilio y de Goethe, el transparente y puro evocador de la *Visión de Anáhuac*, se me ofreció como un hombre lleno de humildad, dotado de un fresco entusiasmo popular para acercarse a las fuentes vivas del folklore, libre de las cadenas de positivismo.

Habíamos estado en Burgos unos días. (Muchos años después recogió Reyes aquellas impresiones en su delicioso libro *Horas de Burgos*). Burgos en el verano tiene un clima benigno, suavísimo. La Catedral, la Iglesia de San Esteban, la de Santa Gadea (la de la famosa Jura), la Puerta de Santa María, la Cartuja de Miraflores, el melancólico paseo que terminaba en el cementerio, cuya solemne portada tenía grabadas, con caracteres de gran relieve, unas palabras que nunca he podido olvidar: "Medido está tu tiempo y presuroso vuela. —¡Ay de tí eternamente si lo pierdes!"—, y una serie de experiencias humanas, como la de aquella viejecita que, en las ruinas

del Castillo del Cid, apacentaba sus corderos y recordaba sus días de niñez, al tiempo que colgaba del blanco cuello de una oveja guirnalda de campanillas y de amapolas, todo, todo, en fin, parecía que había agotado nuestra sensibilidad de verdaderos viajeros, es decir de peregrinos. En esa actitud de espíritu llegamos a Valladolid.

¿Fué el calor, propio de una ciudad típica de Tierra de Campos? ¿Fué la conversación más o menos erudita de un joven profesor pedantesco que acababa de publicar un libro sobre no recuerdo qué tema y al que había dedicado Reyes en su página de *El Sol* un largo comentario? Quizá fuera una síntesis de todo ello y de ese mismo agotamiento espiritual que nos había producido la profunda experiencia burgalesa. Ni el museo escultórico, con las obras prodigiosas de los grandes imagineros de Castilla (Berruguete, Juan de Juní...) pudo despertar mi abotargada sensibilidad... Ya consideraba que el epílogo de mi primer viaje por la Vieja Castilla había malogrado la tan ansiada peregrinación... Pero Reyes, maestro de viajes y de humanidades, peregrino humanista, estaba allí para arreglarlo todo y triunfar del calor y de las pedanterías profesoras.

Por eso, en el término del día, ya en el anochecer, me llevó a un paseo, desconocido hasta entonces, junto al Pisuerga, gran río al pasar por Valladolid, en donde había una fronda espesa, llena de rumores. Recordó allí las alusiones de Góngora al Pisuerga. Recordó también que había una plazuela, la más típica de Valladolid, la del Ocho, que aún no habíamos visitado. Y entonces se me reveló la ciudad castellana y en uno de sus lugares más característicos, en el Parador del Caballo de Troya, tuvimos también nuestra primera visión directa del pueblo castellano, con los labradores y trajinantes que venían de distintos lugares de Tierra de Campos.

El Parador del Caballo de Troya, tenía sobre la gran portada la cabeza de un corcel, que se suponía alusivo al homérico título de la popular posada. ¿Escribió Reyes, el ensayista juvenil del teatro griego, aquella divagación que le oí sobre el Caballo de Troya y su

parador en Valladolid? No lo sé, pero éste y otros viajes profundos y directos por España, por los pueblos un poco fuera de la ruta de los turistas, han dejado su huella en la obra múltiple, de vastas perspectivas del maestro de México.

Un maestro que al cumplir, dentro de poco (no digamos cuándo) sus cuarenta años de actividad en la literatura, y al mostrar su bibliografía de más de trescientos títulos, podrá sentir la íntima satisfacción de ver cuán merecido es el dictado que se le da desde hace tiempo: el de *Mexicano universal*. Y sus amigos, que vemos en él a un maestro no sólo de sabiduría y de belleza, sino de viva e inagotable bondad, de la honda cordialidad humana, sentimos ante esta labor cumplida, reconocida en muy varias latitudes (no hace mucho que la Universidad de Harvard le confirió el título de *Doctor Honoris Causa*) el regocijo de los triunfos propios.

J. M. CHACÓN Y CALVO.

1946

Diario de la Marina.

Habana, Febrero 17 de 1946.

EL DESLINDE

PROLEGÓMENOS A LA TEORIA LITERARIA

por Alfonso Reyes

México, D. F., El Colegio de México, 1944. Pp. 376.

Alfonso Reyes, by far the most productive and talented literary critic of Mexico today, generalizes from his vast experience of world literature and deliberately turns philosopher of his subject-matter in the above volume. His express purpose is not to wax rhapsodic about this and that piece of literature, but to provide "the first step towards literary theory," which for him means explicitly "establishing the boundary line between literature and non-literature." Hence both the title. *The Boundary Line* and the sub-title. *Prolegomena to Literary Theory*, constitute literally the precise scope of this book.

The author's "first step" of defining clearly and distinctly the "literary entity" as such, a task which is described in the conclusion with a characteristic blend of modesty and irony as merely a "passport" to the rich realm of literature, turns out to be a pretty long step covering close to 400 pages of solid material on everything one usually expects to read in a book of this kind plus many unexpected things, such as, for example, the extension of non-Aristotelian and/or non Euclidean logistics not only to the accustomed field of mathematics, but also the still strange provinces of economics, ethics, and sociology. What a loaded "passport," Sr. Reyes!

The initial reaction to all this veritable encyclopedia in miniature about the theory of literature will probably be one of wondering what in the world has such latter-day sophisticated talk to do with the subject-matter of esthetics, but in the end Reyes almost convinces one to be a Reyes, and then the wonder becomes why

others before him have not done likewise. However, the author has covered so much ground in his "first step" that one may be left, alas, wondering what more a *philosopher* of literature, as distinct from a critic of literature, could possibly do in the next step. Or is the poor philosopher fated to write and rewrite "prolegomena" alone and nothing else?

To get back to the "first step", Reyes states from the very beginning that literary theory is not a "social", "psychological," and "preceptive" affair, but a "phenomenological abstraction" from the history of literature or a "pure description" of the literary "phenomenon." This statement of the problem leads to the question concerning the relation between Reyes and Husserl. Though the above language sounds so Husserlian, the spirit and meaning are really Aristotelian. *Caveat lector!* The author mentions Husserl twice in his work, but in neither reference does he credit Husserl for borrowing his terminology. The best test case of their actual difference in philosophy is how they use the basic term, "intention." Reyes looks at "intention" in the popular teleological context of purpose: Husserl looks at it in the technical epistemological context of the reference-of-consciousness-to-object. I might add in passing that Husserlians should invent a term other than "intention" or "intentionality" to avoid such misunderstanding.

According to the author, the line of demarcation between literature ("pure" literature) and non-literature ("applied" literature) is determined in two ways. Literature differs from non-literature in (1) "intention" and (2) "content". Whereas, with respect to the first, to give an example, history is "factual" in aim, poetry is "fictional." With respect to the second mark of distinction, the content of literature refers to "pure experience" or "general human experience"; the content of non-literature refers to "special knowings." This division, it is explicitly admitted, corresponds more or less with "common topics" and "specific topics" respectively in Aristotle. "Literature expresses man as human. Non-literature

expresses him as theologian, philosopher, scientist, historian, statesman, politician, technician, etc." This conclusion, of course, does not mean that the species of non-literature are not human, but rather that they do not "spring from naked man, or from his essential nature as man," and thus express "man clothed with determinate knowings."

It is obvious from the foregoing that Reyes is defending and extending the Aristotelian idea that poetry is more "universal" than history. The universality of literature is derived from its "fictional nature," a property which does not cramp one's style as, for instance, history and science inevitably do. But, granting all this, could not a better case be made from the universality of literature that its content expresses "man clothed" with the multicolored garments of fiction rather than "man naked?" Aristotle, to be sure, considered poetry more "universal" than history, but not more so than philosophy. In contrast, Reyes believes by implication that literature is more "universal" than philosophy. Whether it is or not depends ultimately on the criterion of universality we accept.

Columbia University.

Patrick ROMANELL.

*En Philosophy and Phenomenological
Research.*

University of Buffalo.

VI, No. 4, junio de 1946,
pags. 654-656.

UN GRAND ÉCRIVAIN MEXICAIN À PARIS

J'ai l'impression de vivre "Vingt ans après", me dit Alfonso Reyes, qui n'était pas revenu à Paris depuis 1926.

Il est doux de revoir un ami, un grand poète, un grand humaniste que la vie a mûri, mais point lassé. Ses cheveux ont blanchi, mais il a gardé son extraordinaire vivacité, sa douceur aimable, et, dans son regard, le pétilllement des curiosités. Et je songe, en le regardant, que c'est ce pétilllement-là qui a disparu de nos yeux, à nous, gens d'Europe qui en avons trop vu. Il s'en faut de peu pour que, parlant à Alfonso Reyes, je ne ressente le sentiment que je me défends d'éprouver: le regret de ce qui n'est plus, de ce qui ne sera jamais plus. "Mais, dit Alfonso Reyes, nous devons nous intéresser aux souvenirs, farine de notre moulin."

Les souvenirs, d'Alfonso Reyes sont histoire littéraire, histoire de l'art, histoire peut-être plus précieuse encore des instants exquis que la vie quotidienne offrait à l'homme délicat et sensible, au voyageur chez lui à Paris aussi bien qu'à Séville: c'est pourquoi il demeure ce type parfait de l'humaniste qui est plus qu'un lettré, car rien de ce qui est humain ne lui est étranger.

J'ai feuilleté, avant d'aller le retrouver, les livres de lui que j'ai jamais avant guerre, et j'ai constaté qu'aucun de ses écrits, prose ou vers, n'a vieilli. Il est de ces écrivains qui n'ont jamais sacrifié à la mode, qui se tiennent toujours au sommet de l'esprit ou dans des profondeurs de la sensibilité. Lorsqu'il adopte, dans quelques-uns de ses ouvrages, le style rapide du chroniqueur, toujours il cueille, au passage, de traits riches de substance, dans leur incisive finesse. De qui ne parle-t-il pas? Français, Anglais, Espagnols, Hispano-Américains, on retrouve des portraits brefs, des mots, de tous ceux

qui, entre 1920 et 1940, ont mérité qu'on s'occupe d'eux. Je cueille, au passage, dans *Tren de Ondas*, cette phrase: "Jean Giraudoux affirme que la Tour Eiffel et lui son contemporains: lorsqu'il sont nés, les sentiments de ce temps-là ne les comprenaient et ne les appréciaient ni l'un ni l'autre. Ils semblaient trop géométriques, trop idéologiques, trop précis. Petit à petit, ils s'emplirent de la musique des sphères..." "Et cela ajoute bien des choses à l'image que nous nous faisons de Jean Giraudoux. Il en est toujours de même avec Alfonso Reyes: jamais il ne parle en vain.

Un seul de ses ouvrages a paru en français: *Visión de L'Anahuac*. Une préface de Valéry Larbaud affirme: "Sans aucun doute, une étude méthodique de la littérature mexicaine d'aujourd'hui devra commencer par l'oeuvre déjà considérable d'Alfonso Reyes. Oeuvre de poète surtout, mais aussi de critique et d'érudit, et qui peut nous guider mieux qu'aucune autre dans nos excursions à travers la littérature contemporaine du monde espagnol."

Non seulement la guerre a interrompu la publication en français des oeuvres d'Alfonso Reyes, mais les manuscrits de ces traductions ont été perdus. Il faudra tout refaire: les lecteurs français ne doivent pas ignorer une oeuvre aussi importante et dont le charme égale la valeur.

Quel admirable poème qu'*Iphigénie cruelle*! Quelle musique des mots, quelle science subtile et discrète des sonorités de la langue espagnole, dans *Pausa*! Alfonso Reyes est un des rares poètes qui sachent se servir des paroles avec un art si parfait, qu'elles font image sans qu'il soit nécessaire de recourir aux images —très proche en cela des grande poètes espagnols antérieurs au XVI^e siècle.

"Vingt ans après"... Nous retrouvons Alfonso Reyes, chef de la délégation mexicaine à l'U.N.E.S.C.O. Dans la salle à manger du grand hôtel qu'il habite, l'orchestre joue pour lui des airs mexicains, et déjà le maître d'hôtel sait le vin qu'il préfère. J'ai le plus grand mal à le faire parler de lui: c'est lui qui m'interroge sur

tous nos amis, ou qui me donne des nouvelles de ceux qu'il a rencontré à Mexico, à Washington, depuis la guerre.

Ambassadeur du Mexique à Paris en 1925, il nous a quitté très vite, trop vite, pour être successivement ambassadeur en Argentine, au Brésil. Actuellement président du Collège de Mexico (ce centre n'est pas une école, mais un centre d'investigations et d'humanités), fondateur et professeur à vie du Collège National (le Collège de France mexicain), docteur *honoris causa* de trois universités américaines et de l'Université de La Havane, il porte ces charges officielles, ces honneurs, avec un contentement dénué de vaine gloire.

Jusqu'à la guerre, ses amis ont reçu de lui quatre pages imprimées intitulées *Monterey*, longue lettre collective expédiée aux quatre points cardinaux, *Monterrey*, c'est le nom du berceau américain d'Alfonso Reyes: "il y avait là, conte-t-il en souriant, un majordome qui avait le génie du mensonge... Il nous disait, à nous les enfants, qu'un ours de la montagne était l'ami de notre aïeul, et qu'il venait, le dimanche, s'asseoir à la table de famille..."

Cher Alfonso Reyes, votre présence remuait en moi tant des souvenirs que la joie du revoir se teintait d'un peu de mélancolie. Et déjà vous êtes reparti. Je me plais à songer que ces belles lettres pour l'amour des quelles vous avez tant voyagé sont telles que les cigognes télégraphiques de Burgos auxquelles vous avez consacré une page délicieuse: "Elles font des signes d'une tour à l'autre, d'une ville à une autre. Du lointain Escorial, la cigogne de Théophile Gautier leur répond; les cigognes d'Avila répondent à celles de Ségovie, celles de Cacères et Plasencia —toutes celles que j'ai fréquentées en Espagne. Elles forment audessus de la vie des peuples un diadème de coups d'aile qui résonnent plus profondément que les cloches."

Marcelle AUCLAIR.

Les Nouvelles Littéraires.

Paris, 1947